

El principio del fin

–¡Noo... esta vez no se salva! ¡Estoy harto del idiota de tu hijito mimado! Siempre lo estás defendiendo y justificando, ¡lo tienes bajo tus faldas!... ¡lo estás volviendo maricón! –Gritó el gorila, a punto de golpear a mi madre.

No era la primera vez que mi madre tenía que soportar estos abusos por culpa mía. El corazón me galopaba fuera de control. Pensé que debía intervenir pero le tenía terror a los insultos de mi padre. Me sentí cobarde.

–¡Encima me lo estabas ocultando! ¿Cuándo pensabas decírmelo? –Continuó vociferando mientras la agarraba con fuerza de un brazo.

Mi madre lo miró. Sus ojos azules brillaron con ira en la penumbra, luego bajó la vista hacia la mano que oprimía su delicado brazo. Amedrentado por el hielo que había en su mirada él la fue soltando poco a poco. Ella aprovechó el titubeo, se zafó con un gesto firme y, sin perder la serenidad, dio media vuelta y se fue a su habitación sin decir ni pío.

Estoy seguro de que me vio agazapado detrás del piano al pasar a mi lado, pero prefirió ignorarme para evitar que mi padre me descubriera y llovieran sobre mí nuevos insultos. Con la mirada seguí como hechizado sus blancas y bien torneadas piernas, su taconeo sobre la duela se fue alejando, la estela de su perfume fue como un anestésico que calmó, por un instante, mi ansiedad. Pensé intentar escabullirme mientras mi padre caminaba de un lado a otro de la sala refunfuñando. De pronto, dio una patada a mi mochila desparramando los libros por el piso y alcancé a distinguir algunas de las palabras que masticaba: –¡escuínle de mierda...!– Cuando prendió un cigarro pensé que descubriría mi presencia, pero estaba ciego de ira.

Sonó el teléfono e hizo que me sobresaltara a tal grado, que pensé que ahora sí escucharía el tambor que retumbaba dentro de mi pecho, pero no fue así. Mi padre pareció querer desquitar su rabia contra la bocina.

–¡¿Bueno?! –Gritó interrogante y brusco–. ¡Claro que estoy furioso...! ¡No, no tengo ganas de calmarme, mamá... lo que tengo son ganas de retorcerle el pescuezo a Diego, chamaco come mierd...! ¿Quieres saber lo que pasó esta vez? ¿De verdad quieres saberlo? ¡Lo echaron de la escuela! ¡No madre, ojalá hubiera sido por mala conducta, eso hasta gusto me habría dado; **lo corrieron por bruto!**

No hay hijo problema, hay un hijo que no cumple mis expectativas y es un problema para mí

Mi padre había insistido en inscribirme en una escuela alemana porque para él, la disciplina y la perfección eran valores supremos que la raza aria representaba. Tal vez por eso se había casado con mi madre: su belleza dorada lo había cautivado. El rostro de mi madre expresaba calma y equilibrio, su figura seguía siendo perfecta después de tres partos, su andar reflejaba

el mismo orgullo de mujer que su mirada, y su voz transmitía la musicalidad de su alma. Mi padre seguía muy enamorado de ella. Tal vez la pasión que sentía por su mujer era lo único que ejercía algún control sobre su temperamento irascible. La serenidad de reina ofendida con la que ella reaccionaba a sus agresiones lo asustaba. Sabía que la necesitaba a su lado por muchas razones. La elegancia de mi madre y la distinción de su culta familia adornaban la vida de mi padre; eran el pasaporte a un mundo al que había soñado pertenecer mientras crecía entre vacas y gallinas y respiraba por los poros las expectativas de Eugenia, su madre.

Por otro lado, mi padre despreciaba a mi abuelo, consideraba su gusto por la vida sencilla del campo como absoluta falta de ambición, y acabó por compartir con su madre el desprecio que ésta sentía por su esposo.

Mi abuela Eugenia y Juancho, mi padre, eran uña y carne. Eugenia se empeñó en que su hijo no fuera un don nadie como su marido y creía haberlo logrado.

Mi abuela había cifrado en la chispa de inteligencia que intuyó en su hijo menor, sus esperanzas de huir de aquella vida monótona que ella calificaba de mediocre.

El matrimonio de mis padres había sido de todo su agrado, hasta que descubrió las virtudes de mamá. La sencillez, el amor por la música y el arte, y el lugar que ocupaba “el éxito” económico y social en su lista de prioridades fue decepcionando a doña Eugenia, que había esperado más de ella.

Mi llegada al mundo, después del nacimiento de dos hermanas, había alimentado las esperanzas de la abuela Eugenia. ¡Por fin tenía un nieto rubio con cara de austriaco como su padre, mi bisabuelo!

El padre de mi abuela había sido un güerito de rancho, seguramente descendiente de algún soldado de Maximiliano, que desertó de sus tropas derrotadas para convertirse en un harinero exitoso, hasta que las vueltas de la vida lo dejaron como había

empezado: sin nada. En esas condiciones la abuela Eugenia se casó con el abuelo Mariano, quien tenía un rancho que era de los “menos peor” que había en el pueblo, donde los sueños de grandeza de Eugenia se habían quedado varados.

Ahh... ¡el éxito, la posición social, el dinero...! Sólo eso podía alimentar el orgullo de Eugenia y librarla de la frustración y la derrota. La espada y el escudo para vencer a su odiada enemiga, la mediocridad, había sido mi padre.

Muchos años y demasiado dolor me costaron llegar a esa conclusión y poder perdonar a mi pobre padre, que desperdició media vida en alimentar las pretensiones de grandeza de su madre, sin siquiera darse cuenta.

Oveja negra o borrego alebrestado

Después de aquel vergonzoso incidente que cambió por completo mi corta vida, las palabras que se quedaron grabadas en mis recuerdos eran las que mi padre le había dicho a mi abuela: “¡No madre, ojalá hubiera sido por mala conducta, eso hasta gusto me habría dado; lo corrieron por bruto!”

Por lo visto era menos vergonzoso portarse mal que andar por la vida con la etiqueta de bruto. El apodo de **Esel** (burro) que me habían puesto en el Colegio Alemán era un estigma que debía sacudirme cuanto antes. Decidí cubrir mis heridas con rebeldía. No necesitaba ser brillante para deducir que debía enmascarar mi estupidez detrás de una “mala conducta”, y me convertí en un niño problema. Como los niños “listos” de mi nueva escuela me asustaban, preferí unirme a la pandilla a la que para pertenecer sólo había que hacer lo que siempre había hecho tan bien: ¡pendejadas!

Detrás de un niño educado, ¿está la sombra del látigo?

Lo que más me dolía era lastimar a mi madre. Pero no podía seguir viviendo bajo sus faldas –aunque admito que nada me habría hecho más feliz–. Ella intentaba convencer a mi padre de que mi nueva actitud era síntoma de un niño maltratado, pero él insistía en que el látigo era la respuesta. Mi padre y yo nos enfrascamos en una guerra de poder que duró buena parte de mi vida, desde mi adolescencia hasta que ocurrió algo realmente inesperado muchos años después.

Esel se había sublevado. Me volví insolente, indisciplinado, terco, desobediente, revoltoso, siempre reacio a hacer lo que se esperaba de mí. Era el perturbador del orden familiar, me obstinaba en crear problemas para demostrar que me había vuelto indomable y hasta salvaje.

Hice a otros las mismas bromas pesadas de las que yo había sido víctima muchas veces. Me unía a las voces burlonas que se reían de los inteligentes, de los amantes de la paz. Me aprendí un buen repertorio de palabrotas y frases ofensivas como las que usaba mi padre; me volví irónico y bufón. Había que reírse de los demás antes de que se rieran de ti. Era mejor ser abusador que abusado. Siempre había que estar con el fuerte, porque la solidaridad con el débil demostraba tu propia debilidad.

Autoestima

Mientras más popular y aceptado era entre la pandilla, más avergonzado de mí mismo me sentía. En nuestras correrías era el más audaz, tal vez buscando escapar de la vida o ser atrapado y castigado como merecía. Las miradas de reproche de mi madre y sus lágrimas de desilusión me hacían desear desaparecer de la faz de la tierra. Mi autoestima estaba por los suelos.

Rebelde o incomprendido

La etiqueta de **Esel** fue sustituida por la de rebelde. ¡Qué difícil era vivir detrás de la máscara de la insolencia! Sin embargo, era mejor que las orejas de burro.

Nadie comprendía lo que verdaderamente sentía, estaba absolutamente solo en el mundo. Era como una sombra en mi casa y a veces podía observarme como a un extraño. ¿Era yo ese muchacho flaco y sucio que sólo llegaba a dormir, de día o de noche? ¿Era yo aquél que se fugaba de los sonidos de la casa y las voces de su familia tapándose los oídos con unos audífonos, sin los cuales mis bocinas habrían hecho estremecer la habitación con decibeles ensordecedores?

Alguna vez mis oídos habían gozado al escuchar la música que salía de los dedos de mi madre frente al piano, o del chelo del abuelo Joaquín o la flauta de la abuela Sofía.

Mi madre se sentía sola. Estaba sola y se había refugiado en su arte. Siempre había tenido un gran talento musical pero ser madre y esposa eran incompatibles con la dedicación necesaria para lograr la excelencia. Mis hermanas crecieron. Tenían novios, iban a la universidad, hacían una vida propia. Eran inteligentes, disciplinadas y sensatas. El hecho de que yo fuera el malo de la historia las liberaba de la tentación de dar problemas. Mi padre estaba demasiado ocupado haciendo dinero como para dedicarme tiempo. Nos enredábamos en fuertes discusiones; había gritos y sombrerazos por un rato, pero después intentaba ignorarme. Él también prefería que su hijo fuera un rebelde a tener un **Esel** en la familia o peor aún, un cobarde despreciable. Recordé las palabras que le dirigió a mi madre aquella noche imborrable: “lo estás volviendo maricón”.

Para él ese calificativo no tenía que ver con una preferencia sexual, sino que lo usaba como un sinónimo de falta de hombría y de carácter. alguna vez busqué el significado de la palabra

“puto” en un diccionario y fuera de invertido o sodomita, lo cual no era, el resto de los sinónimos me quedaban perfectamente. En aquella época era yo, en efecto, *cargante, molesto, difícil, fastidioso, despreciable, miserable, vil, asqueroso, repugnante y rastroso*, todos los demás sinónimos de la cruel palabra.

También busqué los antónimos: *agradable, simpático, divertido, fácil, noble, honrado, decente...* todo lo que realmente me habría gustado ser y consideraba ya casi imposible de lograr. Sólo un milagro podía salvarme.

Escuché la música de mi salvación

Una noche desperté mareado por haber fumado marihuana. Coqueteaba con drogas más serias, pero algo en el fondo de mí todavía luchaba por no traspasar la última puerta al camino sin retorno. No sabía si estaba en el cielo o en el infierno.

Se escuchaba una música que parecía salir de las manos de un ángel pero el dolor que expresaban las notas y la fuerza de la desesperación que impregnaba el ambiente, me parecieron un grito de auxilio.

Me levanté de la cama y me acerqué al piano como un zombi. Mi madre estaba tan absorta en desahogar su pena que no se percató de mí, hasta que me tuvo muy cerca. Al sentir mi presencia dejó de tocar. Por un momento pareció que el tiempo se detenía. Su mirada azul llena de angustia se me clavó en lo más hondo. No hubo palabras. Me eché a sus pies y puse mi cabeza en su regazo. En sus leves caricias sentí su amor incondicional. Los dos lloramos un buen rato. Al fin ella dijo: *ayúdame... yo te necesito*. Después tomó mi cara de adolescente, llena de granos y de pelos de una barba incipiente, y añadió: *ayúdame a despertar a aquel niño maravilloso*.

¿Por qué no me di cuenta de que aquel niño que echaron de la escuela era maravilloso?

En ese momento, al hacer genuino contacto con el alma de mi madre, sentí una descarga eléctrica que recorrió mi cuerpo, seguida por una explosión interna, que se manifestó en un estallido de sollozos y gemidos que parecieron exorcizar al demonio que había nacido en mí a causa de la etiqueta de **Esel**.

Después de aquel momento de liberación vivido junto a mi madre, empecé a encontrarme, o por lo menos a buscarme, en medio del desastre en que me había convertido durante varios años.

Pocos días después la abuela Sofía (mi abuela materna) me invitó a comer. Hacía tiempo que me negaba a asistir a las reuniones familiares, tanto de mi padre como de mi madre. Esta vez decidí insinuar con la aceptación mi nueva disposición al cambio. Grande fue mi sorpresa cuando llegué a su casa y la encontré tocando la flauta, como solía hacerlo cuando yo era pequeño y ella me arrullaba con su música. Las notas me conectaron al niño feliz que había sido alguna vez. Sentí que aquel niño sin heridas aún estaba vivo en alguna parte de mi ser.

La sabiduría natural de mi abuela Sofía se reflejaba en sus ojos, en cada uno de sus gestos suaves y amorosos, en su perfume de violetas y en el contacto de sus manos, que apenas acariciaron las mías tímidamente, como queriendo atrapar a un canario que podría huir al mínimo contacto y perderse de nuevo. Esa intuición de Sofía me hizo desear que me atrapara y me metiera en la jaula de la seguridad que me ofrecía con su cariño, siempre expresado por sus actitudes, posturas y pequeños detalles, pero jamás impuesto. Esta mujer era la artífice de la personalidad de mi madre a quien tanto amaba. Ahí estaba, dispuesta a intentar contagiarme la serenidad que de ella emanaba.

La invitación de mi abuela había sido sin duda motivada por el incidente vivido días atrás con mi madre quien le había con-

fiado su esperanza. Me habló durante largo rato de mi primera infancia, me recordaba delicadamente cada uno de mis triunfos iniciales. Mi primera palabra que fue “aba” y cómo ella sintió que llevaba una dedicatoria. Me recordó aquellos cuentos que escribíamos juntos, exaltando la creatividad que yo manifestaba, la imaginación desbordada, el entusiasmo con el que ilustraba mis propias historias.

Cada uno de los recuerdos de mi abuela era un bálsamo para *Esel*. Sus palabras intentaban eliminar los dardos clavados en mi corazón por las frases despectivas y humillantes de mi padre, los insultos, agravios, ofensas y burlas, sus críticas ultrajantes que habían resonado durante años en mi cerebro.

Desde la altura de mi actual madurez

Quisiera hacerle al lector una aclaración pertinente. Desde la altura de mi actual madurez, puedo reconocer que mi padre no era el monstruo que yo imaginaba y que había llegado a odiar. Este grado de cordura y lucidez de que gozo ahora, es el resultado de muchos años de esfuerzos y trabajo incesante, durante largas sesiones de terapias a las que mi madre, en complicidad con la abuela Sofía, me introdujeron secretamente en aquel entonces.

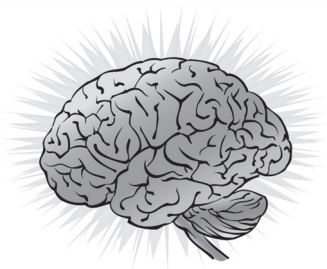
Qué tuvo que ver la madre de mi padre con mi desmadre

Ahora puedo admitir quién era mi papá realmente y lo mucho que él también había sufrido por haber sido el botín de la guerra que habían sostenido sus padres, y que su madre había ganado para hacerlo a imagen y semejanza de sus expectativas. Mi padre intentó repetir conmigo el patrón que la abuela Eugenia siguió con él en su continua lucha por cumplir con su proyecto ideal

de familia de triunfadores. Había logrado casar a mis tías con hombres ricos; todos mis primos asistían a escuelas de prestigio y los mayores estudiaban maestrías y doctorados. Eugenia había puesto tal voluntad, planeación y perseverancia, que estuvo a punto de lograr su objetivo, hasta que se topó con mi aparente incapacidad para el éxito. Si analizáramos la infancia de Eugenia entenderíamos sus motivaciones –al menos en parte. Con este razonamiento podríamos llegar hasta la culpa de Adán y Eva por haber sido expulsados del paraíso.

El universo se conjunta siempre para ayudarnos a resolver los problemas

Días después de la comida en el jardín, mi abuela Sofia conoció a Paul Scheele, un científico dedicado al estudio de los procesos de aprendizaje. La filosofía de Paul es que el cerebro de cualquier ser humano tiene la capacidad intrínseca de desarrollar la genialidad. Paul sostiene que muchas lumbreras son frustradas debido a las heridas ocasionadas por la educación tradicional que no comprende la individualidad.



El nuevo amigo de mi abuela y de mi madre les prestó un documental de la BBC de Londres titulado “En busca del genio”, en el que se revela lo que ocurre cuando se alimenta el cerebro de un niño para

que logre desarrollar sus potencialidades innatas y expresar libremente su genio, en especial los que la escuela y la sociedad etiquetan como torpes y sus mayores califican como “brutos”.

Durante una cena que mis abuelos ofrecieron para Scheele tuve un encuentro con él que resultó definitorio para mí. Yo lo observaba desde lejos tratando de descifrar de qué están hechos los cerebros de los “inteligentes”. Él pareció percibir mi mirada y tal vez mis pensamientos, porque se separó del grupo para acercarse al lugar donde yo me refugiaba. Me resultó obvio que la abuela Sofía le había contado de mí.

Paul Scheele me trató como a un ser inteligente

La conversación fluyó tan fácilmente que, a pesar de mi nerviosismo inicial empecé a sentirme cómodo en su compañía. Primero hablamos de la noche y el aroma a flores del jardín. Poco a poco Paul fue llevando la plática hacia el tema que él tan bien dominaba. Lo siguiente que hizo conmigo fue “picarme” literalmente la curiosidad hablándome de la ciencia. Como siempre me había gustado dibujar empezó a hablarme de los fractales y su belleza. Jamás había escuchado la palabra, pero me dio pena preguntar para no revelar mi ignorancia. Me retó a estudiar los fractales y a dibujarlos.

Paul añadió, antes de explicarme lo que eran los fractales, que con ellos iba a recibir una lección de humildad que mucho estaba necesitando. Me aseguró que después de conocerlos aprendería a reverenciar la naturaleza y su entorno.

Me emocioné cuando vi un fractal por primera vez y quise saber cómo fue hecho, de dónde vino y cómo entenderlo.